

placentero de rama en rama; el insecto zumba con gallardo brío; el reptil, sacudiendo su marasmo, se pavonea en la hojarasca; el espacio se puebla de rumores y de aromas, y el aire que sumiso acude á refrescar nuestros pulmones, parece á manos llenas saturado de todas las voluptuosidades de la vida en su riente primavera.

En estas tardes espléndidas, cuando el sol llega majestuosamente al horizonte, semejante á un monarca oriental que se despide de sus súbditos entre un manto de zafir y una alfombra de verdura; cuando las graciosas madrileñas, vaporosamente engalanadas, bajan desde el corazón de Madrid por esta gran arteria aorta de la calle de Alcalá, á derramarse en bulliciosos grupos por jardines y paseos, dijérase que tierra y cielo se confunden en una alegre carcajada estallando á la vez en las gargantas de serafines y mujeres.

De ahí tomó sin duda origen el refrán *al freir será el reir*, porque tan expansiva como inmensa carcajada no se oye sino cuando ya empezamos á freirnos.

* * *

Y, en efecto, freirse necesita uno ya para llegar al edificio donde se halla instalada todavía la Exposición de Bellas Artes, que hasta ahora ha venido siendo pasatiempo del curioso, recreo del inteligente y punto de reunión, en determinados días, del mundo ocioso y elegante. Inteligentes y profanos, artistas y curiosos, todos hemos admirado, anticipando nuestro fallo al de los jueces, los tres notables cuadros que entre más de seiscientos, han merecido la señalada distinción de otras tantas medallas de primera clase. Estos cuadros son los titulados *Spoliarium*, *Los Amantes de Teruel* y la *Conversion del Duque de Gandia*, que figura desde entonces, el Duque, no el cuadro, en el romano santoral con el nombre de San Francisco de Borja. De la primera de dichas obras pictóricas ya tuve el gusto de hablar á vdes. en mi última revista, y es la que en primer término ha figurado, con razón, porque ninguna la iguala en arranque y valentía, en enseñanza é intencion, demostrando que su autor el Sr. Luna y Novicio, pese á su juventud, tiene de la primera más que del segundo, y no es sólo un buen pintor, sino un hombre de talento. Este último, á mi entender, no siempre relevante entre nuestros artistas, dista mucho de correr parejas con la sobresaliente ejecución, factura, ó como quiera llamársela, de los otros dos cuadros arriba referidos. Y ello no amengua en nada el mérito indiscutible de sus autores, considerados como artistas, puesto que á cualquiera se le alcanza que una cosa es pintar y otra es pensar, componer, discernir y otras facultades sólo del entendimiento propias y á todos los ramos aplicables. Para tener derecho á ser llamado buen pintor, basta reproducir con fidelidad y belleza el natural, y este derecho nadie sin notoria injusticia negárselo podría á los Sres. Muñoz Degrain y Moreno y Carbonero, autores respectivamente de *Los Amantes de Teruel* y la *Conversion del Duque de Gandia*. Empero, cuando, además, el que pinta siente y piensa, como el Sr. Luna, y hace pensar y sentir á quien contempla su pintura, entonces fuerza es confesar que el artista pertenece á la madera de los genios, y á genio ha de llegar si no se envanece ó se malogra.

Cuenta la crónica de los célebres *Amantes de Teruel*, y así parece también desprenderse de algunos documentos, que habiendo espirado el plazo de cinco años que á Diego de Marsilla concediera el padre de Isabel de Segura, al regresar aquel, ya

rico, encontró casada á ésta. En una entrevista que tuvieron los dos amantes, Diego, para consolarse, solicitaba un beso de los labios de Isabel, la cual, por razones fáciles de comprender, contra su voluntad hubo de negárselo, y el infeliz murió de pena. Cuando Isabel supo la muerte de su amado voló al templo donde se hallaba el féretro, y abalanzándose hácia el cadáver de Diego, imprimió en los labios de éste tan largo y ardiente beso que ambos quedaron unidos para siempre en una misma tumba. Tales son el momento y el asunto elegidos por el Sr. Muñoz Degrain para su hermoso cuadro. ¿Puede darse nada más bello, más conmovedor y más artístico que el acto de exhalar un amante apasionado su alma y vida en un beso, que debió de ser todo un poema, sobre los mortales despojos del objeto idolatrado? A pesar de ello, al pintor le ha faltado audacia, sentimiento ó inteligencia, porque Isabel yace muerta recostada en el querido féretro, separada su cabeza de la de Diego, no en el acto de besarle, sino después de haberla besado. Sacrificando al efecto la verdad, aparte de este que pudiéramos llamar lunar de concepción, el traje lujoso y correcto de Isabel, si es cierto que agrada á la vista, quita impresión al ánimo y severidad á la conmovedora escena. Pictóricamente considerado, el cuadro del Sr. Muñoz Degrain contiene bellezas fascinadoras: el tapiz que en desorden cubre parte del pavimento, el cirial derribado por la desolada amante, el lado opuesto del féretro un cirio cuya llama alumbra y quema, y sobre todo, una ventana de vidrios de colores ante la cual flota una cortina blanca, arrojando de lleno su desmayada luz sobre el interesante grupo, dejando en la oscuridad ó en la penumbra á las amigas de Isabel y demás personas que contemplan el trágico suceso, son prodigios de un pincel maravillosamente manejado y de una paleta ante la cual es preciso desahacerse en alabanzas.

Cuenta también la historia que como falleciese la emperatriz Isabel, reina de España, y fuesen trasladados á Granada sus despojos, escoltados al frente de numerosa servidumbre por el Duque de Gandia, fiel servidor y enamorado, al parecer, de los hechizos que en vida atesorara la difunta, llegado el momento de abrir el ataúd, con objeto de hacer entrega del cadáver, apareció este último tan descompuesto y putrefacto que con dificultad pudieron los presentes resistir el hedor insoponible que exhalaba. Entonces, hondamente impresionado el Duque, tomó la inquebrantable resolución de no servir á otro señor que morir pudiera, consagrándose, con vida ejemplar, al servicio de Dios, vida y servicio que más tarde le valieron la canonización con el nombre de S. Francisco de Borja. Este asunto, en el momento de ser abierto el ataúd de la emperatriz, eligió para su notable obra el distinguido artista Sr. Moreno y Carbonero. La dificultad rayaba en lo imposible, y si el pintor tuvo la laudable audacia de acometerla, no la completa satisfacción de eliminarla. Un servidor levanta la tapa del ataúd al tiempo que aparta la cabeza y se tapa las narices con la gorra; el Duque, que ha dejado caer la suya y retrocedido algunos pasos, arrojase aterrado en los brazos de su escudero ó confidente, mientras cuantos componen el fúnebre cortejo, á distancia respetuosa, guardan diversas actitudes y muestran tan horrorizados como compungidos los semblantes. Dentro del ataúd vése tendido boca arriba el descompuesto cuerpo de la Reina, cuyo semblante vela primoroso encaje, disposición que á la vez quita repugnancia y realidad al cuadro, suavizando en gran manera la profunda impresión que de otro modo nos hubiera producido. El asunto, pues, está tratado con